RELACIONES Y FRONTERAS DE INTERACCION

(RELATIONSHIPS AND FRONTIERS OF INTERACTION)

Víctor A. NÚÑEZ REGUEIRO* y Marta R. A. TARTUSI**

RESUMEN

Se analizan las categorías espaciales usualmente utilizadas (área, subárea, región, microregión), considerando que las mismas son recursos metodológicos que sirven para ordenar, sistematizar y presentar información. Por lo tanto son susceptibles de modificación o adaptación en función de las problemas que se estudian; en este sentido no podemos decir, en abstracto, que existen propuestas mejores o peores, sino propuestas que se adaptan o no a las exigencias de los problemas para los cuales se las construye y aplica. La dinámica socio-cultural de las poblaciones prehispánicas no se ha hallado limitada por las variables ecológicas o culturales que podemos tomar en cuenta para definir categorías espaciales; un caso claro lo constituye la permanente interacción entre poblaciones asentadas en tierras bajas y tierras altas.

Desde el punto de vista de la interpretación de la historia y la cultura de las poblaciones prehispánicas, es importante tratar de definir relaciones y fronteras de interacción entre distintas poblaciones; para ello podemos utilizar los conceptos espaciales ya existentes.

Palabras Clave: Conceptos espaciales - fronteras - interacción - relaciones.

ABSTRACT

The spatial categories usually used (area, subarea, region, microregion) are analyzed, keeping in mind that these categories are methodological resources employed to organize, systematize and present information. As a result, these categories are susceptible to modification or adaptation depending on the problems under study. In the abstract, we cannot say that there are good or bad proposals. We can only say whether a proposal is relevant or not to the problem for which such was constructed. The socio-cultural dynamic of the prehispanic populations was not limited by the cultural or ecological variations that we take into account when we define space categories. One clear example is the permanent interaction between settled populations in the lowlands and the highlands.

In order to interpret the history and culture of prehispanic populations, it is important to define the relationships and boundaries of interaction between different populations. For such purpose, we can use the spatial concepts already in existence.

Key Words: *Frontiers - interaction - relationships - spacial concepts.*

INTRODUCCIÓN

Un un trabajo anterior hemos señalado que los conceptos de divisiones espaciales, tales como "área", han variado según las perspectiva teórica a partir de la cual se desarrollan, y los distintos momentos de la historia (Núñez Regueiro y Tartusi, 1990: 128). Lo mismo puede decirse respecto a: región, microrregión, territorio y frontera.

Al contrario de lo que piensa el positivismo clásico, partimos de la base que los hechos no "hablan por sí mismos"; tampoco estamos de acuerdo con que ellos sean elementos pasivos, subordinados al gobierno de las ciencias ideales que construye el sujeto, como lo postula el neopositivismo lógico. El conocimiento es un proceso nunca acabado de aproximación cognitiva, en el que tanto el objeto como el sujeto son elementos activos, en una permanente relación dialéctica. Como consecuencia, también los conceptos, sufren modificaciones a lo largo del tiempo, de ahí que consideramos fundamental, emplear el método histórico para poder analizar la forma en que surgieron los conceptos que utilizamos, la perspectiva teórica sobre la base de la cual se construyeron, la base sustantiva sobre la que fueron

* CONICET - Facultad de Humanidades - Universidad Nacional de Salta - Buenos Aires 177 - CP 4400 - Salta.
* y ** CEFISA - Centro de Filosofía de Salta - Cnel. Manuel Rojas 1288 - B° Ciudad El Milagro - CP 4400 - Salta.
Correo Electrónico: nureg@uolsinectis.com.ar

formulados, y la manera en que fueron cambiando a medida que avanzaron las investigaciones (Tartusi y Núñez Regueiro, 1993).

Esta dinámica en el desarrollo de los conceptos, y su estrecha relación con objetivos metodológicos concretos en función de los cuales se los aplica, determina que no se puedan establecer, **a priori**, y sin eludir un normativismo ingenuo, definiciones de conceptos inmutables y aplicables universalmente. Un ejemplo de esto se halla en Mulvany (1998) donde se analizan los problemas referidos al concepto de «territorio» y como éste varía en distintos sociedades y momentos históricos.

Concientes de esto, y de la consecuente necesidad de explicar los conceptos utilizados, en nuestro trabajo sobre el área pedemontana (Núñez Regueiro y Tartusi, 1990) consideramos importante aclarar que empleábamos el concepto de «área histórica», de acuerdo con lo propuesto por Lumbreras (1981: 16), y en nuestro trabajo sobre los centros ceremoniales del NOA (Tartusi y Núñez Regueiro, 1993) expusimos que en relación al concepto de «región» compartíamos lo que expresó Santillán de Andrés: «(...) una región geográfica, comprende un espacio organizado, que se expresa menos por sus límites que por la vida de relaciones que en ella se cumple» (Santillán de Andrés, 1973: 13).

Los conceptos espaciales usualmente utilizados (área, subárea, región, microregión), son modelos cognitivos, que constituyen recursos metodológicos que sirven para ordenar, sistematizar y presentar información. Y como lo hemos expuesto, sufren modificaciones o adaptaciones de acuerdo con las perspectivas teóricas y el momento histórico en el que son empleados. Pero además también son susceptibles de modificación o adaptación en función de las problemas que se estudia, y por ello no podemos decir, en abstracto, que existen propuestas mejores o peores, sino propuestas que se adaptan o no a las exigencias de los problemas para los cuales se las construye y aplica.

Todo instrumento, originariamente creado para desarrollar una función específica, sufre modificaciones de acuerdo con las necesidades y los recursos cognitivos disponibles, adaptándose a funciones nuevas; una lasca, un cuchillo de cocina, y un bisturí, son claros ejemplos a nivel de instrumentos físicos. Los instrumentos intelectuales, como son los conceptos, están sujetos a vicisitudes semejantes.

Por ejemplo, si tomamos el concepto de frontera, vemos que según el diccionario de la Real Academia frontera viene de frontis, frente, que está en frente de otra cosa, lo que nos hace pensar que, cuando hablamos de frontera estamos hablando de dos cosas enfrentadas, separadas; que hablamos de partición, de división de algo en dos.

En realidad encontramos el término aplicado a situaciones muy diversas, por ejemplo, si hablamos de la frontera de la ciencia estamos haciendo referencia al enfrentamiento entre la ciencia y la no-ciencia; muy frecuentemente se hace referencia a alguna persona con desórdenes mentales como a un "fronterizo", queriendo significar tal vez que, en él, la razón está enfrentada a la sin-razón.

La más de las veces lo encontramos aplicado al espacio geográfico, como línea divisoria entre un país y otro y más relacionado con la idea de límite que, en última instancia, está significando que hasta un punto llega un país y más allá viene el otro.

A estas alturas no podemos dejar de ver que estamos trabajando con un concepto instrumental; con una construcción del intelecto; con una abstracción, dinámica, que tendrá que ver con su momento histórico y su lugar y también con su marco epistémico. Así, si hablamos de la "cultura occidental", estamos caracterizando una cultura que tiene límites, y que está "enfrentada" a otra que es la "cultura oriental" y que a la vez tiene fronteras internas, que son las de los Estados. O sea que tenemos diferentes tipos de fronteras que no sólo no son coincidentes sino que se entrelazan y superponen de manera particular según sea el interés o los intereses del momento y, de esto, la historia y la contemporaneidad están plagadas de ejemplos (Tartusi, 2001).

La dinámica socio-cultural de las poblaciones prehispánicas ha sido muy intensa, y no se ha hallado limitada por las variables ecológicas o culturales que podemos tomar en cuenta para definir categorías espaciales, y mucho menos por la actual división político-administrativa de Sudamérica, aunque hayan proliferado los libros estructurados sobre el criterio de la existencia de una arqueología de países (p. ej.: Berberián y Nilsen, 2001; Hidalgo L. et al. 1989; Kauffmann Doig, 1983; Lumbreras, 1974; Meggers, 1966; Porras G. y Piana Bruno, 1976; Reichel Dolmatoff, 1965; Rouse y Cruxent, 1963; Tabío y Rey, 1979; Tarragó, 2000) e incluso de provincias (Kriscautzky, 1999). Esto trae aparejado una fragmentada visión de la compleja red de relaciones que existió más allá de los actuales límites de los estados nacionales.

Desde el punto de vista de la interpretación de la historia y la cultura de las poblaciones prehispánicas, y del complejo y dinámico proceso de interacción que hubo entre diferentes sociedades, es fundamental tratar de definir las **relaciones y fronteras de interacción** que existieron entre distintas poblaciones. Los conceptos espaciales existentes pueden resultar de utilidad en función de exponer esta problemática, sin necesidad de tener que recurrir a la constitución o reformulación de nuevas categorías espaciales. Y con esta perspectiva los utilizaremos en este trabajo.

RELACIONES DE INTERACCION

Tomando como caso de análisis a la macroárea Andina, el tema de las relaciones establecidas entre las distintas regiones que la componen, entre si y con otras áreas, ha sido tratado exhaustivamente a partir de diferentes marcos epistémicos y problemas teóricos y metodológicos diversos.

A este respecto, se ha reseñado la posibilidad de conexiones culturales entre el SO de los E.E.U.U. y el NOA, entre culturas de la costa guatemalteca y de la costa suroeste del Ecuador, entre el Ecuador y Mesoamérica, entre el Ecuador y la costa peruana, etc. (Marcos y Norton, 1982). Los paralelos Meso-Sudamericanos, tradicionalmente se han interpretado como el resultado de la difusión desde Mesoamérica hacia el Sur a pesar que muchos de los datos arqueológicos recientes revelan, que indicadores significativos aparecen con anterioridad en Sudamérica, durante el Formativo, tal vez como derivación de un origen en la floresta tropical del noreste sudamericano.

En relación a la Macroárea Andina, a pesar de que existen importantes trabajos donde se establecen relaciones entre ésta y el NOA, desde el pionero trabajo de Uhle (1912) hasta otros más recientes [González (1963, 1978, 1992), Núñez y Dillehay (1979), etc.], es frecuente que el NOA sea dejado de lado, como si no existiera, o a lo más constituyese una región marginal poco significativa para el entendimiento de la historia cultural andina; un claro ejemplo lo constituye el «Panorama de la Arqueología Andina» de Ravines (1982).

Consideramos que es importante detenernos un momento para revisar el rol asignado al NOA dentro de la arqueología Sudamericana y el que actualmente pensamos que realmente tuvo, a partir de la información con la que hoy contamos.

Estructuración de la macroárea Andina

Podemos caracterizar en una síntesis nuestra perspectiva respecto al proceso de estructuración cultural de la macroárea Andina. A partir de la etapa de los primeros cazadores recolectores, momento de cubrimiento de gran parte del espacio geográfico, desde el interior de unidades culturales discretas fueron surgiendo una serie de sociedades diferenciadas en lo que respecta a sus manifestaciones arquitectónicas y estilos artísticos particulares y a la forma de resolver su adaptación a distintos ambientes. A pesar de estas particularidades que nos permiten diferenciar a unas de otras, estos grupos en gran medida mantuvieron en común estructuras sociales y formas de representación simbólica y panteones religiosos compartidos.

El modo de vida formativo, sustentado económicamente en la agricultura, la domesticación y la sedentarización, con toda la tecnología que conlleva, no puede entenderse divorciado del sistema cognitivo y simbólico que lo acompaña, independientemente de las causas que lo conformaron. En este marco la ideología se manifiesta como una forma de representación significativa, que puede integrar de manera organizada, varios aspectos de la existencia.

La dinámica cultural generada por la movilidad espacial, que obligaba a constantes adaptaciones a los distintos medios ecológicos y sociales, y el intercambio de bienes, ideas y productos, entre grupos de una misma cultura, y entre grupos de culturas distintas, originó una amplia difusión de conocimientos, técnicas, creencias y prácticas culturales.

El espacio fue organizado en función de las necesidades emergentes del grado de desarrollo de cada sociedad: explotar los recursos naturales disponibles, e intercambiar productos entre regiones ecológicamente diferenciadas siguiendo, según los momentos, los modelos económicos de reciprocidad, complementaridad e intercambio. De esta manera, muchos bienes e ideas se difundieron por vastos territorios mediante intercambio directo entre distintas aldeas, travesías hacia regiones con recursos naturales distintos, y expansión o traslado de poblaciones, **conformando verdaderas redes de integración regional.**

La trama de integración regional contemplaba comunicaciones entre las distintas instancias de poder, y una red de intercambio que debió haberse desarrollado mediante: 1) intercambios de bienes entre distintas poblaciones; 2) traslados de bienes producidos en diversos pisos ecológicos por colonos permanentes de una sola unidad socio-política; 3) tráfico dirigido por los centros de poder para proveerse de bienes y redistribuirlos más tarde

En este marco general, las caravanas de llamas representaron, y en algunas regiones del área andina lo siguen representando, un formidable medio de transporte terrestre, de gran importancia para la sociedad y la economía andinas por cuanto ofrece la posibilidad de distribución masiva de bienes por vastos territorios a lo largo de la cadena andina y desde la costa hasta las tierras tropicales.

La trama de integración regional se complementaba con una red de intercambio que pudo haberse desarrollado mediante: 1) intercambios de bienes entre distintas poblaciones; 2) traslados de bienes producidos en diversos pisos ecológicos por colonos permanentes de una sola unidad socio-política; 3) tráfico dirigido por los centros de poder para proveerse de bienes y redistribuirlos más

tarde.Junto con los bienes materiales que se intercambiaban, **circularon también las ideas, creencias y conocimiento de la época**, del mismo modo que noticias sobre regiones distantes. **El intercambio fue el mecanismo que difundió información sobre estilos artísticos y cosmovisiones**, al mismo tiempo que mantuvo la red de interacción en la que se difundían, bienes materiales como cerámica, textiles, metales; complejo alimentario, alucinógenos, etc.

Creencias

Las causas que provocan las fenómenos naturales a menudo son difíciles de conocer, y la necesidad de respuestas puede hacer pensar que dichas causas son producto de lo sobrenatural: la manifestación de la voluntad de los dioses o de los ancestros. Al concebir a los mismos como causa, la única forma de actuar sobre ellos es mediante actos que puedan inclinar hacia un lado u otro, la voluntad de quienes se consideran causa de los fenómenos que se intentan controlar.

Estas ideas y ceremonias (por ejemplo, la idea de que por medio de sacrificios podemos hacer mejorar las cosechas), no son contrastables. Si después de un sacrificio, mejoran las cosechas, estaremos «comprobando» la validez de esa creencia; si en cambio no se producen modificaciones, la conclusión a la que se arribe podría ser que debemos aumentar los sacrificios (Tartusi y Núñez Regueiro, 2001).

Este pudo ser el motivo para que cada vez fuera adquiriendo mayor relevancia la existencia de personas especializadas en todo los aspectos relacionados con el culto, como son los shamanes.

Con la aparición de las primeras aldeas los dioses de la lluvia y la fertilidad acrecentaron su importancia. Cada acto de la vida cotidiana mantuvo un sentido reverencial. El uso de sustancias alucinógenas, como el cebil (**Anadenanthera colubrina**), incrementó la capacidad de «comunicación» con lo sobrenatural, dando origen a expresiones simbólicas muy variadas que siguieron teniendo vigencia hasta el momento de contacto.

En este sistema de organización, a la aparición de fuentes de poder de organización social emergentes se sumó el manejo de la información o conocimiento. Desde el momento en que surgen las sociedades formativas, se fueron estableciendo distintos tipos de relaciones entre ellas. Algunas se constituyeron en centros de mayor importancia o influencia, tejiéndose una **trama de vinculaciones** de los centros más jerarquizados entre sí, de los centros con su área de influencia y las cotidianas entre los centros de menor categoría, en el ordenamiento general (Núñez Regueiro y Tartusi, 2000).

Se trata de una nueva forma de estructurar el espacio regional, promovida por pautas geopolíticas diferentes. Las modificaciones espaciales modificaron al mismo tiempo las relaciones internas del área; antiguos centros perdieron su influencia, y áreas semiperiféricas se convirtieron en hegemónicas. Partiendo de una estructura multiestatal que se debilitaba a medida que se iban dando nuevas alianzas entre poblaciones de la región, se pasó a la constitución de una nueva instancia de dominación.

El surgimiento de centros de poder político y religioso desde comienzos del Formativo, **que actuaron como «polos de desarrollo»** (Tartusi y Núñez Regueiro, 1993), **su declinación al tiempo del surgimiento de otros, que se constituyen en nuevos centros de poder, y los diferentes sistemas de asociación que se establecieron internamente y entre ellos**, según el análisis propuesto, pensamos **puede ser utilizado como modelo de interpretación, para la arqueología americana** desde América del Norte hasta América del Sur.

El Noroeste Argentino

Consideramos que el NOA formó parte del proceso de conformación de la macroárea Andina y que, en el sector meridional se reflejaron, en otra escala, las mismas formas de organización y la misma dinámica del resto de la macroárea.

En el NOA, la organización del espacio también se realizó sobre la estructuración jerárquica de los centros de poder siendo, los de mayor importancia, organizadores y coordinadores de las actividades de su territorio.

Los típicos patrones de asentamiento del Formativo, lo constituyeron aldeas compuestas de habitaciones de paredes de piedra y/o adobe, distribuidas en torno a un patio central, o habitaciones, agrupadas o aisladas, diseminadas entre los campos de cultivo. Esto refleja una organización social simple, estructurada sobre bases de parentesco. La relativa sencillez de las sociedades hizo que las relaciones interaldeanas se estructurasen a partir de circuitos horizontales de comunicación con características asociativo-comunitarias. Algunas aldeas fueron adquiriendo mayor importancia en el transcurso del tiempo, pasando a representar el rol de **núcleos del sistema de intercambio**.

El aumento de la población y los cambios cualitativos en el sistema de relaciones en cuanto a la organización, control, logística y comunicación entre diferentes aldeas, la diferencia de acceso a los nuevos conocimientos agrícolas y tecnológicos, y la

importancia creciente de los aspectos relacionados con el culto, hicieron que **el proceso de diferenciación entre las distintas aldeas se fuera acentuando**. Algunas adquirieron cada vez mayor importancia, especialmente en los aspectos relacionados con el culto el que, organizado al principio solamente a nivel familiar, o cuando más, compartido por algunas aldeas, se fue centralizando e institucionalizando.

Los centros político-administrativos coordinaron, en ese momento, las actividades religiosas, sociales y económicas de distintas aldeas, sin necesidad de que existiera algún tipo de aparato formal o legal de represión impuesta. Es un tipo de poder que se extendió, en este período, en forma espontánea, compartido por toda una población y que dio como resultado prácticas sociales semejantes, sin necesidad de órdenes explícitas. Lo resaltante «es que no comparte órdenes y obediencias, sino el entendimiento de que esas prácticas son naturales y morales o el resultado de un interés común evidente» (Mann, 1991).

Pensamos que la base del proceso de integración en el mundo andino se extendió de forma espontánea, inconsciente y descentralizada; de esta base de pautas compartidas surgirá el poder teocrático, intensivo en esencia y extensivo en cuanto a su capacidad de organizar a grandes cantidades de personas en territorios muy distantes; con posterioridad, sucesivas incorporaciones de rasgos provenientes de prácticas político-expansionistas y económicas diferentes fueron promoviendo, en reemplazo de los primeros, la jerarquización de otros centros con características diferentes, que ocuparon su lugar como organizadores y coordinadores de las actividades de su territorio, relicto, tal vez, de la pacarina de origen y el culto a los antepasados.

Centrando estos procesos en el espacio que cubrió Aguada en el período Medio o de Integración Regional, y ubicándonos en el período Temprano o Formativo, Condorhuasi-Alamito, que fue el «polo de desarrollo» principal de este período, careció, al menos en sus inicios, de una estructura religiosa centralizada, pero sentó las bases para su desarrollo posterior. Nos encontramos aquí con una organización social mucho más compleja que la de las simples aldeas, que comenzó a integrar a otras poblaciones en el marco de un sistema de poder colectivo y distributivo, simultáneo y entrelazado; constituyendo, los centros que identificamos como sitios de Alamito, cabeceras de los ejes de interacción.

La presencia de elementos Ciénaga en los sitios de Alamito sustenta nuestra hipótesis de que poblaciones de origen Ciénaga se integraron al sistema de los centros cúlticos de Condorhuasi-Alamito.

La circulación de bienes no estuvo basada solo en los bienes suntuarios y rituales: artefactos de metal, tallas de piedra, determinados tipos de cerámica, plumas, conchas, alucinógenos como el cebil, sino también en elementos de consumo alimenticio, como los vegetales y la sal, y otros productos y materias primas, como tejidos y maderas.

A lo largo de la existencia de estos nodos se fue operando un proceso paulatino de cambios, posiblemente debido a la interacción con poblaciones de distinto origen, como es Ciénaga. Este proceso dio como resultado que entre los centros se fuese produciendo, a la vez, situaciones de competitividad que hizo que, respondiendo a distintos intereses, uno fuese primando sobre los otros, hasta llegar a prevalecer.

Por lo que sabemos hasta ahora el área ocupada por los sitios Condorhuasi-Alamito fue abandonada hacia el 500 A.D. El nodo de poder ya se había trasladado desde Campo del Pucará hacia el valle de Ambato, dando origen a lo que conocemos como Rinconada o Aguada de Ambato.

Rinconada asumió el control de la red de relaciones socioeconómicas y de movilidad espacial que tuvo, como factor superestructural de cohesión, la centralización del culto y la irradiación del mismo hacia otras regiones. Es por esto que, refiriéndonos a Aguada, hemos dicho que es la manifestación de una integración regional que se realizó a nivel de superestructura, como resultado de la consolidación y expansión de una ideología (Núñez Regueiro y Tartusi, 1990: 153). Esa integración se dio con poblaciones de distinto origen y modalidades culturales, razón por la cual en cada zona las manifestaciones concretas fueron diferentes, según los antecedentes históricos y culturales de cada área, y de la misma forma, a nivel de organización social alcanzaron distintos grados de desarrollo.

Interacción entre poblaciones asentadas en tierras bajas y tierras altas

Desde que fueron definidas por González (1955), las culturas **Condorhuasi** (período Temprano o Formativo), **Aguada** (período Medio o de Integración Regional) y **Santa María** (Período Tardío o de Desarrollos Regionales) fueron consideradas características, para no decir exclusivas, de los valles intermontanos del NOA («región Valliserrana sur», sensu González, 1977: 36-37).

Recién en 1970 Heredia señaló la existencia de dos sitios con cerámica Condorhuasi: Chuscha (T-13) y Siambón (T-1) (Heredia 1970), en la zona correspondiente a la «región de Selvas Occidentales» (González, 1977: 36-37), situada al oriente de la

«Valliserrana»; hubo que esperar varios años para que García Salemi y colaboradores, dieran a conocer un sitio en Las Salinas, Dto. Burruyacú (=El Timbó) donde hallaran fragmentos Condorhuasi (García Salemi, Platania y Durando, 1990).

Algo similar ocurrió con Aguada; Heredia, en su tesis doctoral sobre la cultura Candelaria (Heredia 1970), y en la síntesis de la misma que se publicara años después (Heredia 1975), describió, para la Fase Rupachico de Candelaria V, descripta sobre la base de excavaciones realizadas en el sitio homónimo, el tipo Rupachico Polícromo "(...) que difieren con respecto a los de la cultura local y que guardan una marcada semejanza con la cerámica de la cultura Aguada de la Subárea Valliserrana"; este tipo sería "material intrusivo" (Heredia 1975: 102).

Sin embargo, Heredia consideró que el "(...) área de dispersión de Aguada se ha extendido considerablemente, indicando la capacidad de expansión que aquella cultura tuvo. Además demuestra su capacidad para adaptarse a medioambientes muy distintos. Así no resulta extraño que Aguada haya llegado, ya sea con asentamientos permanentes o por incursiones transitorias hasta el lugar donde nosotros lo encontramos en plena área Candelaria" (Heredia 1975: 114). García Salemi y colaboradores señalaron que en el sitio El Timbó se halló cerámica Candelaria, parte de la cual "(...) posee elementos reconocibles de clara influencia de la cultura de La Aguada en su etapa decadente (...) coincidiendo a prima facie con Heredia en el sentido de asignarle una procedencia marginal al área típica de desarrollo de esa cultura" (García Salemi et al., 1984: 24).

Aunque aun se requieren hacer muchos trabajos de prospección y excavación en territorio de las selvas subtropicales, la información sustantiva recogida hasta el momento apunta a que **la zona de selva tropical de la provincia de Tucumán estuvo colonizada por Aguada, con el antecedente de Condorhuasi**, con relativa intensidad en el área del abanico fluvial que forma el río Marapa.

Varios son los sitios investigados en años recientes: en la zona de la «selva pedemontana» que en la provincia de Tucumán recibe el nombre de "selva del cebil o pacará", con alta humedad ambiental, situada altitudinalmente entre los 400 y los 600 msnm, se encuentran los sitios: El Manantial, La Calera. El Rincón, Finca Roldán Guerrero y Yánimas, que se suman a los sitios Chuscha y El Timbó, mencionados más arriba (Fig. 1); y en la zona de la «selva montana», que representa la franja de Yungas más exuberante y húmeda, situada por encima de la anterior, hasta los 1500 msnm, los sitios: Rupachico, Siambón y Escaba (Tartusi y Núñez Regueiro, 2000).

Los elementos hallados ("suplicantes" y cerámica) son de estilo Condorhuasi y/o Aguada, y no adaptaciones sobre tradiciones locales diferentes. De acuerdo con los escasos datos disponibles, los asentamientos Aguada en esta zona deben haber estado dedicados a explotar recursos vegetales, animales y minerales, escasos o ausentes en los valles intermontanos, como: maderas, cañas, cebil, pieles, plumas y sal.

A medida que avanzan los trabajos en la zona del piedemonte (Núñez Regueiro y Tartusi 1990), resulta cada vez más clara la importancia que la misma ha tenido para el desarrollo histórico de Condorhuasi y Aguada. El piedemonte, que a lo más era visto como un área marginal de las referidas culturas, adquiere de pronto un protagonismo que hace que, de a poco, se comience a visualizar que han sido más bien los valle semiáridos situados al occidente, tales como el de Hualfín, los que pasan a tener un papel de secundaria importancia dentro de la historia prehispánica de los períodos Temprano o Formativo y Medio o de Integración Regional.

En relación a Santa María, Heredia (1970, 1975) propuso para la tradición Candelaria la fase Santa Bárbara (Candelaria V), posterior al 1000 A.D. pero como él mismo lo reconoció, esa "(...) fase cobra significado por la mera presencia en el sector que estudiamos [la región de Selvas Occidentales], de restos culturales ajenos al mismo y participantes de una tradición distinta (...) sólo hemos encontrado fragmentos cerámicos pintados cuyas características permiten identificarlos como de la cultura Santamariana" (Heredia, 1975: 106). Más adelante agregó: "No sabemos cuales son las manifestaciones Candelaria para ese momento [Período Tardío] ya que sólo conocemos materiales de un sitio donde cerámica Candelaria se encuentra entremezclada [en superficie] con alfarería Santamariana" (Heredia, 1975: 116). "(...) quizá para este Período Tardío [Candelaria] ya estaba en vías de desaparición como una entidad cultural homogénea. El proceso de descomposición que suponemos se inicia en el Período Medio habría alcanzado su punto crítico después del año 1000 A.D. con la presencia de grupos santamarianos." (Heredia, 1975: 118).

Como se ha señalado anteriormente (Núñez Regueiro y Tartusi, 1990), la existencia de la fase Santa Bárbara como expresión de "Candelaria V", carece de sustento; se trata, directamente, de asentamientos santamarianos en un área que con anterioridad estuvo ocupada por comunidades de tradición Candelaria. La presencia de Santa María se halla claramente comprobada en el Dto. Alberdi, al sur de la Provincia; en El Cadillal, cerca de San Miguel de Tucumán; y en el Dto. Trancas, en

Choromoros (Reyes Gajardo, 1957) y en Mortero Hachado, donde Esparrica ha Iocalizado importantes asentamientos Santamarianos en la zona de piedemonte (Esparrica, 1998, 1999). Actualmente pensamos que la denominada «Fase V» de Candelaria propuesta por Heredia (1970, 1975), en realidad no corresponde a esa tradición, sino que son sitios santamarianos, Iocalizados en la zona del piedemonte, que mantuvieron una clara interacción con grupos de la Ilanura santiagueña. Gran parte de la cerámica Santa María encontrada en esos sitios pertenece a los momentos tempranos de Santa María (cerámica «Santa María Tricolor»).

Hace algunos años escribimos que creíamos que no se puede comprender cabalmente la arqueología de Sudamérica si no se encara el estudio de la dinámica histórica y cultural de la zona del piedemonte (Núñez Regueiro y Tartusi, 1988, 1990). Actualmente, sobre la base de nuevos datos, podemos afirmar que hacia la parte final del período Formativo, la zona pedemontana y la Ilanura adyacente se hallaban habitadas por poblaciones estables, que habían llegado desde los valles intermontanos orientales.

La colonización de la zona del piedemonte debe haber sido en función de la explotación de recursos de la Yunga y de zonas próximas de la Ilanura, tales como alucinógenos (**Anadenanthera colubrina**), maderas, sal, etc. trayendo como consecuencia la adaptación de algunas comunidades a condiciones ambientales muy diferentes a las de los valles, generando una interacción que incidió sobre las poblaciones vallistas y el desarrollo posterior de la región.

Esto debe haber producido una intensificación de relaciones interétnicas con grupos asentados en la Ilanura, ya que la ocupación de una nuevo espacio no solo requiere adaptarse a condiciones medioambientales diferentes, sino también a condiciones de contactos interétnicos distintas.

Los asentamientos localizados en el piedemonte ponen en evidencia que el mismo no jugó un papel accesorio y marginal para la evolución de las sociedades agropastoriles de los valles, sino que fue fundamental para el desarrollo de las sociedades asentadas en los valles intermontanos del NOA.

El surgimiento de Aguada dentro del contexto de la arqueología andina

Si nos situamos cronológicamente en el período y en la región del NOA donde se registra Aguada, podemos ver que distintos elementos que conforman gran parte del conjunto de manifestaciones que sirven para identificarla, tienen una larga antigüedad y continuidad espacial en la arqueología andina.

El hallazgo de cráneos cuidadosamente envueltos ya se halla presente en el sitio Asia, situado en la costa centromeridional del Perú, perteneciente al período Precerámico VI (Engel, 1963: 67-75); en el Norte de Chile, a comienzos de la era cristiana, se observa una acentuada representación de aspectos rituales consistentes en cabezas trofeo envueltas en bolsas con punto de red, entierro de cráneos, y una abundante iconografía de la figura del sacrificador. La importancia del felino también tiene un remoto origen en el formativo de los Andes Centrales.

En la Costa Central del Perú y en las Tierras Altas del Callejón de Huaylas, ya entre el 3.000 y el, 2.500 a.C. existía una población con los suficientes recursos y grado de desarrollo para mantener un sistema religioso unificado con importantes centros donde se concentraban el culto y el poder político. Los primeros centros pre-Chavín (1.900 A.C.); el período Chavín (1.200 A.C.) representado en los valles de Moche y Nepeña; y Sechín, en el valle de Casma, son indicadores de la presencia de un sistema apoyado sobre una estructura de tipo religioso conformando verdaderas integraciones regionales.

Tanto si tomamos rasgos culturales aislados (cráneos trofeos, felino, etc.), como estructuras sociológicas, como pueden ser la dualidad y el ceremonialismo, que pueden rastrearse desde el Precerámico Tardío de Kotosh, pasando por Chavín, y que se hallan presentes en Aguada, resulta indudable que todas ellas tienen antecedentes de gran importancia y amplia difusión mucho antes de la existencia del Tiwanaku Aldeano (Tiwanaku III y IV).

El amplio rango de artefactos recuperados relacionados con Tiwanaku están en asociación con equipamientos usados junto a una serie de plantas alucinógenas. Esta parafernalia del complejo alucinógeno, la más frecuente marca identificatoria de la influencia Tiwanaku en el área según Browman (1978), está fundamentalmente orientada hacia lo religioso y el intercambio económico, lo que cae en patrones de interrelación muy diferentes, de los claramente basados en la conquista político-militarista de Huari hacia el norte.

En Tiwanaku, el complejo es tipificado por morteros de piedra cavados y manos; escudillas y copas de piedra; incensarios y escudillas de cerámica; tubos y cucharas para rapé. Muchos de los implementos encontrados en la costa están hechos en madera.

No es claro todavía, el origen del complejo de rapé. Tabletas de rapé han sido halladas en sitios ocupados durante el primer milenio A.C. en Paracas y también en Huaca Prieta. En la costa Chilena, tabletas y tubos para rapé se encontraron en contextos tempranos cerca de Quiani y Pichalo; con frecuencia

en sitios del complejo Faldas del Morro, datado entre el, 1 y el 700 A.D. y sitios relacionados sobre el río Loa; en San Pedro de Atacama, según observa Serracino (1980), las tabletas tienen un desarrollo seguro desde el 250 A.D.

Es indudable que el NOA jugó en San Pedro de Atacama un papel activo en relación al complejo de alucinógenos antes de que se manifestase la influencia de Tiwanaku en esa zona. La presencia de alucinógenos ya se registra en el precerámico, en Inca-Cueva (Aguerre, Fernández Distel y Aschero, 1973). En el cementerio de Toconao Oriente se hallaron, 11 pipas; el total de pipas de todos los cementerios de San Pedro de Atacama es, 19; todas «son estilo del Noroeste argentino» (Serracino, 1980). La zona adyacente a las Yungas, donde se sitúan precisamente los centros ceremoniales y «polos de desarrollo», esto es, el Valle de Tafí, Campo del Pucará y Valle de Ambato, resultan de importancia estratégica para la obtención del cebil.

Pensamos que las tabletas de madera estuvieron en uso en el NOA durante el Formativo; en los sitios de Alamito se han hallado pocos fragmentos de tubos de pipas en ocho temporadas de trabajo de campo intensivas; siendo en cambio abundantes, los recipientes y morteros de piedra labrados que se relacionan con el complejo alucinógeno; se ha hallado, además, un tubo posiblemente para contener alucinógenos, hecho con la mitad proximal de un fémur de llama, con círculos pintados de negro. Se han registrado hallazgos de cuentas de malaquita, pero aisladas, asociadas a entierros; y una cuenta de malaquita adentro de un ceramio Condorhuasi; consideramos que algunas pueden ser indicadores de incrustaciones de tabletas, y no cuentas de collar, a pesar de que las incrustaciones en tabletas en Chile parecen tener una cronología más tardía; lamentablemente, en los sitios de Alamito la madera no se conserva.

Numerosos morteros ceremoniales de piedra labrada asociados con sitios Chavín, y con muchos sitios pre-Tiwanaku de las tierras altas de Titicaca y Bolivia, muestran claramente que, este rasgo cultural, fue anterior a la expansión Tiwanaku. Morteros esculpidos y contenedores de poca profundidad, relacionados con posible uso de drogas por su morfología y situación, se encuentran también en las fases de Condorhuasi-Alamito en el NOA (Tartusi y Núñez Regueiro, 1999).

Mucho antes de que surgiera Aguada, las sociedades formativas del NOA estuvieron de alguna manera integradas al resto de la macroárea Andina, sobre la base de contactos e intercambios a distancia. Hay numerosos ejemplos incontrastables de esta vinculación, como el hallazgo de moluscos marinos en sitios formativos del NOA, o de cerámica Condorhuasi en San Pedro de Atacama; sin contar con las similitudes iconográficas y simbólicas, que podemos rastreas a través de manifestaciones de escultórica lítica desde Chavín en Perú hasta Tafí, en el NOA.

La posición «marginal» del NOA deriva de haber enfocado tradicionalmente la problemática de la prehistoria andina desde el área andina central y desde los preconceptos de la «arqueología monumental». Tampoco estamos de acuerdo con las connotaciones de valoración que usualmente se aplican a los conceptos de periferia o marginalidad. Si por el contrario, ubicamos nuestro punto de observación en el NOA, por su situación geográfica equidistante respecto a los Andes Centrales y Extremo Sur y su fácil acceso hacia las tierras bajas tropicales, veremos que pudo jugar un rol particular dentro del desarrollo de la historia cultural de los Andes del Sur. Un ejemplo lo constituye la metalurgia ya que, hasta el momento, las dataciones más antiguas para los cobres o bronces arsenicales provienen de sitios del NOA.

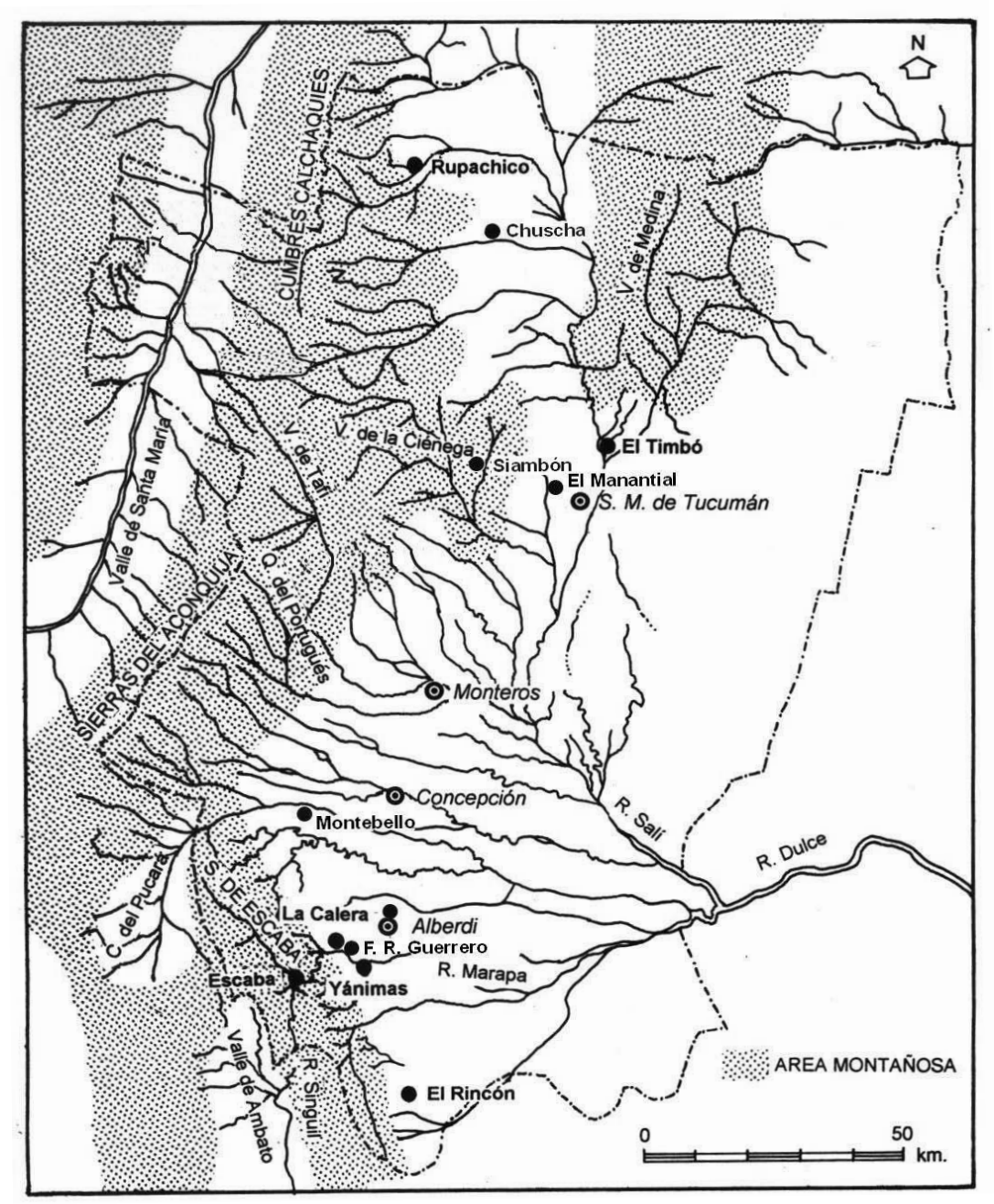
Consideramos que estos datos resultan fundamentales para poder comprender el fenómeno «Aguada», que **no puede ser entendido**, al igual que el resto de la arqueología de la región, **sin tomar en cuenta las relaciones de interacción** que existieron. Aguada siempre, de alguna manera, y con diferencias de orientación según el momento, estuvo integrada al resto de la macroárea Andina, y no de manera pasiva, sino activa. Desde este punto de vista, pensamos que los paralelos que pueden establecerse entre Aguada y Tiwanaku no son resultado de una influencia directa de esta última sobre la primera, y mucho menos que el surgimiento de Aguada tenga una relación directa con Tiwanaku.

Como dijimos, anteriores a Aguada, existen claros indicadores de que Vaquerías, y luego Condorhuasi-Alamito, bajo el efecto polarizador que representaba el complejo de centros organizados del Formativo, mantenía relaciones con poblaciones atacameñas, y con otras poblaciones del NOA y de Bolivia; y también, que las poblaciones del Norte de Chile se hallaban vinculadas con otras poblaciones de la macroárea Andina, como las asentadas en la región Circun Titicaca (Núñez y Dillehay, 1978). De este modo, cada una de estas entidades, fue parte activa de una extensa y compleja red de relaciones intra e interétnicas, que actuó dialécticamente en el proceso evolutivo de las sociedades andinas.

FRONTERAS DE INTERACCION

Las áreas de interacción determinan los bordes, los límites, las líneas que marcan diferencias, tanto ideales como espaciales. Hubo épocas en que las fronteras se convirtieron en barreras que impedían u obstaculizaban deliberadamente las aproximaciones entre pueblos vecinos (Tartusi, 1996, 2003). Tenemos un claro ejemplo con Tafí y Candelaria, que mantuvieron intensas relaciones en parte de su historia: los valles de Tafí y de la Ciénaga, y la Quebrada del Portugués, la vía más fácil de acceso a la llanura tucumana desde el valle de Tafí, constituyen un límite geográfico que nos está marcando una clara frontera a nivel de interacción cultural de Tafí y Candelaria, con Condorhuasi-Alamito y Aguada. El hecho de que se hallan encontrado solo menos de una decena de fragmentos Vaquerías y Condorhuasi entre varios miles de fragmentos analizados del Valle de Tafí, y de que solo se hayan registrado dos sitios con cerámica Aguada entre cientos de sitios localizados en el mismo valle, constituyen la excepción que confirma la regla.

El tema de la existencia de fronteras tiene como complemento espacial el de la territorialidad. Si existen fronteras de interacción es porque existen territorios o espacios no compartidos, claramente definidos (Núñez Regueiro y Tartusi, 1991). Sin embargo, el tema de las fronteras es uno que ha sido muy poco estudiado, a pesar de la enorme importancia que posee. Por ejemplo, se ha hablado mucho de la expansión de Aguada, y se han trazado mapas de su distribución, pero poco se ha



analizado el porqué de los límites de esa distribución. Es muy probable que en algunos sectores los límites se hayan determinado por la existencia de otros pueblos, entre ellos, cazadores y recolectores. No podemos ignorar la importancia que han tenido algunos de estos pueblos en épocas posteriores, según lo atestiguan las referencias etnohistóricas.

Es claro que todos estos problemas, que son fundamentales para la comprensión de la historia cultural prehispánica, no pueden entenderse si nos circunscribimos al estudio aislado de sitios, aunque este estudio sea abrumadoramente detallista y prolijo, y psicológicamente pueda darnos seguridad.

BIBLIOGRAFIA

AGUERRE, A.M.; FERNANDEZ DISTEL, A. y ASCHERO, C.A. (1973) Hallazgo de un sitio acerámico en la Quebrada de Inca Cueva (Prov. de Jujuy). Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología 7: 197-235. Buenos Aires.

BERBERIAN, E.E. y NIELSEN, A.E. (eds) (2001) Historia Argentina Prehispánica. Editorial Brujas. Córdoba.

BROWMAN, D.L. (1978) «Toward the development of the Tiahuanaco (Tiwanaku) State». En: BROWMAN, David L. (Ed.) Advances in Andean Archaeology, pp. 327-349. Mouton. University Press, Cambridge.

ENGEL, F. (1963) A Preceramic Settlement on the Central Coast of Peru: Asia Unit, 1. Transactions of the American Philosophical Society, n.s. 53(3).

ESPARRICA, H.C. (1998) La "casa-pozo" santamariana en el valle de Tafí (Prov. de Tucumán. Jornadas de Antropología de la Cuenca del Plata, Arqueología y Bioantropología 3: 149-163. Rosario.

ESPARRICA, H.C. (1999) Investigaciones arqueológicas en el sitio STUCTRA 21 «Mortero Hachado», Dpto. Trancas, Prov. de Tucumán. Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina: 82-91. La Plata.

GARCIA SALEMI, M.; CAMPERO DE ABELLA, C.; HEILBRON, A. y CARRERAS, F. (1984). Investigaciones arqueológicas en Las Salinas, Departamento Burruyacú - Provincia de Tucumán. Centro Estudios Regiones Secas 2 (1): 23-26. S. M. de Tucumán.

GARCIA SALEMI, M.; PLATANIA, G.J. y DURANDO, P.N. (1990) Introducción a la arqueología de Las Salinas, Dpto. Burruyacú, Prov. de Tucumán. Informe preliminar. X Congreso Nacional de Arqueología de Catamarca: 22-27. San Fernando del Valle de Catamarca.

GONZALEZ, A.R. (1955) Contextos culturales y cronología relativa en el Area Central del N.O. argentino (Nota preliminar). Anales de Arqueología y Etnología 11: 7-32. Mendoza.

GONZALEZ, A.R. (1963) Las tradiciones alfareras del período temprano del N.O. argentino y sus relaciones con las de las áreas aledañas. Anales de la Universidad del Norte, 2: 49-65. Santiago, Chile.

GONZALEZ, A.R (1977) Arte precolombino de la Argentina: introducción a su historia cultural. Filmediciones Valero. Buenos Aires.

GONZALEZ, A.R (1978) El Noroeste Argentino y el Area Andina Septentrional. Boletín Nacional de Ciencias 52: 373-404. Córdoba.

GONZALEZ, A.R (1992). La metalurgia precolombina de Sudamérica y la búsqueda de los mecanismos de la evolución cultural. En: Betty J. MEGGERS (Ed.), «Prehistoria Sudamericana. Nuevas perspectivas»: 45-61. Taraxacum-Washington, Santiago de Chile.

HEREDIA, O.R. (1970) Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de la subárea de las Selvas Occidentales. Tesis de doctorado. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba.

HEREDIA, O.R. (1975) Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de las Selvas Occidentales. Revista del Instituto de Antropología 5: 73-132. Córdoba.

HIDALGO, L. J.; SCHIAPACASSE, V.; NIEMEYER F., F.H.; ALDUNATE DEL S., C. y SOLIMANO R., I. (1989) Culturas de Chile. Prehistoria desde sus orígenes hasta los albores de la conquista. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.

KAUFFMANN DOIG, F. (1983) Manual de Arqueología Peruana (8a. edición). Lima.

KRISCAUTZKY, N. (1999) Arqueología de Catamarca. Desde su poblamiento hasta la Conquista Española. Universidad Nacional de Catamarca, Secretaría de Ciencia y Tecnología, Colección Ciencia y Técnica. Catamarca.

LUMBRERAS, L.G. (1974) The Peoples and Cultures of Ancient Perú. Smithsonian Institution Press, City of Washington.

LUMBRERAS, L.G (1981) Arqueología de la América Andina. Editorial Milla Batres. Lima.

MANN, M. (1991) Las fuentes del poder social, I. Alianza, Madrid.

MARCOS, J.G. y NORTON, P. (eds.). 1982. Primer Simposio dee Correlaciones Anytropológicas Andino-Mesoamericano. Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL). Guayaquil.

MEGGERS, B.J. (1966) Ecuador. Ancient Peoples and Places, Thames and Hudson. London.

MULVANY, E. (1998) Reflexiones sobre el concepto territorio. En: CREMONTE, María Beayriz (comp.) "Los desarrollos locales y sus territorios. Arqueología del NOA y sur de Bolivia": 15-31. Universidad Nacional de Jujuy, S. S. de Jujuy.

NUÑEZ A. L. y DILLEHAY T. (1979) Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: patrones de tráfico e interacción económica (Ensayo). Dirección General de investigaciones Científicas y Tecnológicas. Universidad del Norte. Antofagasta.

NUÑEZ REGUEIRO, V.A. y TARTUSI, M.R.A. (1988) El Area Pedemontana y su significación para el desarrollo del Noroeste argentino, en el contexto sudamericano. Trabajo presentado al 46º Congreso Internacional de Americanistas. Amsterdam.

NUÑEZ REGUEIRO, V.A. y. TARTUSI, M.R.A (1990) Aproximación al estudio del área Pedemontana de Sudamérica. Cuadernos, 12: 125-160. Instituto Nacional de Antropología. Buenos Aires.

NUÑEZ REGUEIRO, V.A. y TARTUSI, M.R.A. (1991) «Orígenes de la ocupación del espacio en el sitio STucTav 5 (El Pichao)». En: El Pichao, 1990. Second Report from the project Emergence and growth of centres, P. CORNELL and S. SJ(tm)DIN (Eds.), pp. 7-17. Gothenburg University.

NUÑEZ REGUEIRO, V.A. y TARTUSI, M.R.A. (2000) Aguada y el proceso de integración regional. Ponencia presentada en la IV Mesa Redonda "La Cultura de La Aguada y su Dispersión". San Pedro de Atacama, Chile,, 2000.

PORRAS G.P.I. y PIANA BRUNO, L. (1976) Ecuador prehistórico (2a. edición). Instituto Geográfico Militar. Quito.

RAVINES, R. (1982) Panorama de la Arqueología Andina. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.

REICHEL DOLMATOFF, G. (1965) Colombia. Ancient Peoples and Places, Thames and Hudson. London.

REYES GAJARDO, C. (1957) Estudio sobre Choromoros. Revista del Instituto de Antropología 7 (2). Tucumán.

ROUSE, I. y CRUXENT, J.M. (1963) Venezuelan Archaeology. Yale University Press. New Haven and London.

SANTILLAN DE ANDRES, S.E. (1973) "La región Noroeste del territorio argentino". En: Geographica varia opera, Departamento de Geografía, Serie Especial 4: 13-26. San Miguel de Tucumán.

SERRACINO, G. (1980) Tiwanaku desde San Pedro de Atacama. Estudios Arqueológicos 5: 95-106. Antofagasta.

TABIO, E.E. y REY E. (1979) Prehistoria de Cuba. Editorial de Ciencias Sociales, Ciudad de la Habana.

TARRAGO, M.N. (ed.). (2000) Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista. Editorial Sudamericana. Buenos Aires.

TARTUSI, M.R.A. (1996). Teoría y metodología arqueológica en la actualidad. Actas III. Segunda Conferencia Internacional de Arqueología Histórica Americana. Santa Fe, Argentina (16-20 de Octubre de, 1995), pp. 27-37. The South Carolina Institute of Archaeology and Anthropology. The University of South Carolina. Columbia, S.C. USA, April, 1996.

TARTUSI, M.R.A. (2001) Identidad, Región y Arqueología. Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, 1: 235-247. Córdoba.

TARTUSI, M.R.A. (2003) Análisis de conceptos relacionados con la problemática de fronteras: Región, identidad y patrimonio. Claroscuro, Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural, Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario 3 (2): 331-355. Rosario.

TARTUSI, M.R.A. y NUÑEZ REGUEIRO, V. (1993) Los Centros Ceremoniales del NOA. Publicaciones 5, Serie: Ensayos, 1. S. M. de Tucumán.

TARTUSI, M.R.A. y NUÑEZ REGUEIRO, V. (1999) Los sitios de Alamito como antecedente de Aguada. Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina 1: 149-156. Córdoba.

TARTUSI, M.R.A. y NUÑEZ REGUEIRO, V. (2000) La presencia de Aguada en la provincia de Tucumán, Argentina. Ponencia presentada en la IV Mesa Redonda “La Cultura de La Aguada y su Dispersión”. San Pedro de Atacama, Chile.

TARTUSI, M.R.A. y NUÑEZ REGUEIRO, V. (2001) Fenómenos cúlticos tempranos en la Región Valliserrana. En: «Historia Argentina Prehispánica», 1: 127-170, editada por Eduardo E. Berberián y Axel E. Nilsen. Editorial Brujas. Córdoba.

UHLE, M. (1912) Las relaciones prehispánicas entre Perú y Argentina. Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas. Buenos Aires.